



### RIENZI,

6

### EL ÚLTIMO TRIBUNO.

Lanzóle Montreal á Estéban una mirada penetrante, y luego le dijo.

—Mi proposicion me la ha dictado el cariño que os profeso. Puede sostenerse la Liga sin los Colonnas; procurad solo no llegue dia en que los Colonnas no puedan sostenerse sin la Liga. Señor Estéban, tended la vista en torno vuestro: existen hoy en Roma mas partidarios de la libertad de lo que imaginais, y partidarios tan atrevidos como revoltosos Guardaos de Rienzi. Adios: nos volverémos á ver dentro de poco.

De este modo se despidió Montreal del anciano patricio, y dijo para sí mientras cruzaba por entre la muchedumbre de la antesala.

«No sacaremos de aquí ningun partido: estos miserables nobles no poseen ni el valor necesario para ser grandes, ni la prudencia suficiente para ser honrados: den pues la caida. No me es difícil encontrar un aventurero del pueblo, un aventurero como yo, superior á todos ellos.»

Apenas volvió el anciano Colonna á reunirse con su deudo, le estrechó en sus brazos, y cuando esperaba el jóven oír una áspera amonestacion del conde, dijo este.

—¡Perfectamente disimulado! ¡Admirable, admirable! en la corte del emperador te has impuesto en la verdadera política. Siempre creí, siempre dije que serias todo un hombre de Estado. Ya has visto entre qué dilema me halle envuelto por el extravagante plan de ese bárbaro: tan temible era para mí la aquiescencia como la negativa; y tú me sacaste del apuro con sutileza consumada: esa pasión tan natural en tus años, era un ingeniosísimo artificio, que, neutralizando el ataque me consentia desahogo y espacio para preparar mi juego contra ese salvaje. Debíamos contemplarle, pues todos mis secuaces me hubieran abandonado; me hubieran vencido á los Orsinis, ó me hubieran degollado solo con que él levantase uno de sus dedos. ¡Oh, todo se ha hecho á las mil maravillas, Adriano, de un modo admirable!

—¡Loado sea Dios! dijo Adriano recuperando no sin pena el don de la palabra que la sorpresa le habia embargado. ¿Con qué ya no pensais en admitir esa proposicion horrenda?

—¿Yo pensar en eso? No, te aseguro que no, dijo Estéban sumergiéndose en su poltrona. ¿No sabes mi edad, hijo mio? Seria necesario estar loco para envolverse á los noventa años en semejante torbellino. me hace falta conservar lo que poseo bien lejos de arriesgarlo por procurar su aumento. ¿No soy por ventura el bien amado del pontifice? ¿Seria oportuno provocar su anatema? ¿No soy el mas poderoso de los nobles? Seria mayor mi influjo aunque me llamase monarca? Es hasta absurdo comunicar tales proyectos á un hombre de mis años. Además, añadió bajando la voz y mirando en torno suyo por temor de que alguien le oyese; si yo fuera rey podrian envenenarme mis hijos para recoger mas pronto mi herencia. Son excelentes jóvenes, Adriano, mas la tentacion es tan irresistible.. no conviene someterles á tan ruda prueba. La experiencia tiene su mansion bajo estas canas: ningun tirano ha terminado sus dias de muerte natural, ninguno, ninguno. ¡Mal haya ese caballero! El es causa del sudor frio que inunda mis sienes.

Al contemplar las agitadas facciones de aquel anciano, al oír sus últimas expresiones impregnadas del espíritu de la época, pensó súbito Adriano en la noble y pura ambicion de Rienzi, y merced á este contraste halló disculpa al entusiasmo ardor del demócrata.

«Y ese hombre, añadió Estéban Colonna recobrando su habitual continente, me ha demostrado al primer golpe de vista su profunda ignorancia política. ¿A que no adivinais lo que ha juzgado oportuno decirme por via de advertencia? Se ha mezclado al parecer con la plebe y ha creído ver influjo en su fétido aliento; si le parece que las palabras son soldados, y me dice, á mi. Estéban Colonna, que me guarde. ¿A que no adivinas de quién? No, nunca lo adivinarais: me insta á que me guarde de ese artifice de arengas, de mi antiguo bufon Nicolás de Rienzi. ¡Ah, ah, ah! es divertida la ignorancia de esos bárbaros; ¡Ah, ah, ah! Y el anciano se reía con tan buena fé, que le corrían lágrimas á lo largo de sus mejillas.»

—Con todo, dijo Adriano en tono grave, me parece que algunos nobles temen á Rienzi.

—Déjales, déjales; carecen de nuestra esperiencia y de nuestro conocimiento del mundo. Reflexiona un poco, Adriano ¿viste jamás que las declamaciones destruyan alcázares, ni venzan soldados? A mí me place ver cómo Rienzi habla á la muchedumbre de la antigua Roma; todo eso es hojarasca: eso dá margen á que charlen los espíritus inquietos, y toda su violencia se desvanece en palabrería: si no se dieran á oír discursos podrian muy bien entretenerse en incendiar edificios. Mas ya que nos ocupamos de Rienzi, no se me oculta que ese pedante se ha hecho algun tanto impudente en su nuevo cargo. Mira este papel que he recibido esta mañana antes de levantarme: luego he sabido que se ha tratado con igual insolencia á todos los nobles: léelo. Y Colonna puso un papel en manos de su deudo.

—He recibido otro idéntico, dijo Adriano. Rienzi invita por medio de sus circulares á que se concurre a san Juan de Letran para oír la explicacion de una inscripcion recién descubierta, ligada íntimamente, segun dice, con el bien estar de Roma,

—Eso será muy divertido sin duda para los profesores y letrados. Perdona, Adriano, no me acordaba de tu inclinacion á esas cosas. ¿Tambien participa mi hijo Juan de esa manía? Bien, bien, eso es inocentísimo. Id, id, ese hombre habla con elegancia.

—¿Y vos no ireis tambien á oírle?

—Yo caro hijo, yo! dijo el anciano Colonna, quien abrió extraordinariamente sus ojos y manifestó una sorpresa tan profunda, que el jóven Adriano no pudo menos de reírse de la simpleza de su pregunta.

(Continuará.)

### EL CUERPO DE GUARDIA.

### ESCENAS COMICO-SOLDADESCAS.

#### INTRODUCCION.

Tomaos la molestia, carísimas y carísimos lectores, de venir conmigo á la capital de Asturias; que si bien la distancia no es muy corta, y el camino está por

algunas partes bastante endiablado, gracias al celo con que nuestros filantrópicos gobiernos fomentan el desarrollo de la riqueza pública, la estacion es á propósito para semejante caminata, y el pais encantador, fresco y delicioso á pedir de boca. Gracioso escenas deben pasar esta noche en aquella ciudad, y fuera un crimen de no-placer dejar de presenciárselas.—Estamos...? acomódese cada cual en ese carruaje como Dios le dé á entender.... Pronto! pronto, que viene la noche vamos á llegar tarde!—Ruuun.....—Soooo....—Lindamente! hemos concluido nuestro viaje. ¿Habeis hecho por ventura en vuestra vida otro alguno tan pronto, tan barato y con menos molestias?—Esta es una plazuela que puede llamarse plaza: en el palacio que teneis á la derecha vivió el conde de Toreno: en el de frente el marqués de Vista-alegre: ¿nada os importan estas circunstancias? pues á mi si, porque uno y otro personaje han honrado su provincia. Aquel edificio sólido y de regulares dimensiones que veis á la izquierda. llenas sus puertas, ventanas y balcones de gruesos y enlazados hierros, es la cárcel pública, que llaman por aqui fortaleza, no porque se halle fortificada, sino por haber sido edificada en el solar de un torreón antiguo que llevó siempre aquel nombre.

Esa casita baja, con una puerta y dos ventanas colaterales, es el cuerpo de guardia en donde teneis que entrar, mal que os pese, sino quereis volveros en ayunas, porque en ella está ya una parte de mis heroes, y el resto debe llegar muy en breve. Torceis el gesto? os parece chico el local para tanta gente? mi cuerpo de guardia es elástico, y no solo cabreis todos desahogadamente, si que tambien podeis llevar los bastones, aunque sean de estoque, y cuantas armas ofensivas y defensivas existen en el mundo, incluso los abanicos, sin temor de que os obliguen á dejarlas en la puerta: mis soldados son harto valientes para que les inspireis recelos, no digo vosotros que sois todos unos mansísimos corderos, pero ni el mismo Belcebú con toda su infernal caterva.

Seguidme, y yo seré vuestro cicerone; porque habeis de saber, queridas y queridos de mi alma, y perdonad la digresion, que en esa casita he pasado yo muchas noches en vela, y no solo conozco todo su terreno á palmos, sino que pudiera daros razon hasta de las piedras que componen sus paredes. No quereis? preferis quedaros á tomar el fresco y que yo entre, lo vea y os lo cuente despues con sus pelos y señales? á todo estoy dispuesto por complaceros, pero en tal caso, os aconsejo vayais á esperarme en el campo de san Francisco, bajo cuyos frondosos árboles pasareis un rato delicioso; vuestros pulmones recibirán una expansion extraordinaria, á beneficio del puro ambiente que alli se respira, y el delicado aroma de sus hermosas espineras os hará creer que estais en un paraiso. Pero cuidado con mirar, oler y tocar; porque si osais poner vuestras manos profanas sobre alguna de sus flores, vereis llegar como por encanto un hombrecito que tiene un brazo de menos, y os hará que os arrepintais de vuestra demasia. Acomoda la proposicion? corriente: dentro de un rato nos veremos....

Aqui me teneis ya dispuesto á daros razon de cuanto mis ojos vieran y mis oídos escucharan; pero antes de entrar en materia, y con el fin de que comprendais mejor lo que voy á contaros, es indispensable haceros una ligera descripcion del lugar de la escena.

Representa el interior de un cuerpo de guardia. En el fondo, al lado izquierdo, la puerta principal; al derecho una ventana, y en medio de las dos una lámpara de vidrio verdoso encendida y puesta en un anillo de hierro clavado en la pared. A la izquierda del espectador un entarimado corrido con veinte números señalando el puesto que deben ocupar los soldados al acostarse: á la derecha un cuarto saliente que ocupa dos terceras partes de largo y una de ancho en el escenario; tiene la puerta inmediata á la principal, y sale por ella la claridad de un velon que hay dentro encendido y colocado sobre una mesa. Desde la puerta del cuarto al fin de la pared, está colocado el armero con doce fusiles y una tercerola en la cual está colgada la corneta: en la pared del mismo, que dá frente al espectador, se halla una lámpara puesta del mismo modo que la primera. En primer término y mitad del hueco que deja el cuarto, fuego de leña, con algunas piedras grandes en derredor para sentarse, y al fin del escenario, una puertecita baja y estrecha, encima de la cual hay un agujero ovalado de seis ó siete pulgadas en su mayor diámetro. Sobre la tarima, se ven algunas mantas puestas sin orden, y bajo el armero, diez y seis mochilas colocadas en dos hileras, la primera apoyada en la pared y la segunda en la primera. Ya conocerán Vds. que es de noche.

(Continuará)

## VARIEDADES.



### EL JUDÍO ERRANTE.

Novela escrita en francés por Eugenio Sue y traducida al castellano por Mariano Urrabieta.

De esta edicion ilustrada con viñetas en madera, y el retrato del autor en acero, se han repartido las dos entregas primeras, y tanto el esmero con que está hecha la traduccion como la excelencia de los grabados y la elegancia tipográfica, hacen que esta publicacion sea la primera entre las infinitas que se están haciendo de esta novela, del autor de *Los Misterios de Paris*. Se suscribe en las librerías de Miyar, Monier, Viuda de Cruz, Sanz, Castillo, Brun, García y Villa.

Es curiosa la siguiente carta que dirijen de Lóndres al *Observador de Ultramar*.

Va á separarse el parlamento; va á terminar lo que llaman aqui la estacion, y á esta época de paz, diversiones, polka y gorgoritos, va á suceder una de sangre, muerte y destruccion, de tiros y fogonazos; de esterminio de muchos inocentes, y de orfandad para muchas familias. La Constitucion inglesa, que no es mas que la costumbre, exige que á los dias de legislacion sigan los dias de caza, y los padres de la patria se disponen á seguir en esto el ejemplo de sus abuelos y la práctica religiosamente observada desde la invasion de los normandos. Los artistas lian el petate; los grandes teatros cierran sus puertas; los clubs se convierten en desiertos, y las compañías de caminos de hierro se llenan de oro.

El rey de Sajonia sigue perdido en lo interior de los condados, olfateando todo lo que excita su curiosidad, huyendo de todo aparato y ceremonia, y mas contento que nunca cuando logra mezclarse en la muchedumbre sin que lo conozcan. Si persiste en el sistema que ha adoptado en sus peregrinaciones, bien pueden sus fieles súbditos aguardarlo en postura cómoda para no fatigarse. Cuando llega á un pueblo aterrorado por una gran manufactura, por ejemplo, pregunta qué es lo que hay que ver en las cercanías. Le dicen que á 20 millas, hay unas ruinas curiosas. Allá se encamina S. M. sin perder tiempo. En las ruinas le dicen que á 30 millas hay un buen gabinete de pinturas. «Vamos á verlo» dice al punto S. M. y de este modo ha recorrido toda la Escocia y todo el pais de Gales, deleitando á cuantos han tenido la dicha de acercársele por su extrema afabilidad, sus modales cultos y el contraste que forman su persona y su modo de manejarse, con las ideas que generalmente despierta la palabra *Rey*.

El Club de la reforma, uno de los mas vastos establecimientos de este genero en Lóndres, ha sido estos dias la arena de una lucha encarnizada entre dos facciones capitaneadas por los miembros mas ilustres de aquel cuerpo. Se trataba de si se perderia ó no al cocinero, y este cocinero es nada menos que el gran Soyer el primer artista de la época presente, el inventor de veinte composiciones culinarias que pasan por obras maestras del genio humano; el que ha tenido la gloria de organizar una cocina, con mejoras tan admirables, y con una aplicacion tan sabia de los adelantos modernos de la química y de la mecánica, que la misma Reina de Inglaterra no ha tenido á menos ir en persona á ver y admirar la oficina subterránea y gastronómica del Club de la reforma. Soyer, picado en su honor, y no en sus intereses, porque lo que le sobra es quien le ofrezca los 5,000 duros de sueldo que disfruta en el Club, se presentó denodadamente al comité y defendió con tanta maestría su causa, que por votacion unánime quedó reinstalado en el ejercicio de sus funciones. «Perora como guiso dijo al oírle un miembro del parlamento.

Poco diré á Vds. de un suceso de que se ha hablado aqui mucho: el baile dado para acabar con su producto el monumento que se ha empezado á levantar en Edimburgo á la memoria de Walter-Scot. Lo singular de esta fiesta ha sido que los concurrentes de ambos sexos iban vestidos, como se supone que lo estaban los personajes mas notables de las novelas del ilustre autor. Se ha querido emplear en esta imitacion la mayor esatitud posible, y para ello se han revuelto archivos, se han buscado retratos se han consultado autores, y aseguran que estas investigaciones arqueológicas han costado mas dinero que los trages mismos.

El lunes pasado estuvieron largo rato obstruidas muchas de las principales calles y plazas de la ciudad, con una procesion compuesta de cerca de 4,000 personas con 74 banderas y estandartes y 32 bandas de música. El traje de los concurrentes era aseado y decente, sin ser costoso ni brillante; lo que indicaba que pertenecian á las clases medias de la sociedad; pero muchos de ellos iban adornados con collares, bandas de seda, que denotaban ciertas distinciones de rangos y funciones. Otros llevaban en las manos pértigas de ébano con adornos de plata; otros grandes cucardas de cintas de diversos colores en los sombreros. La corporacion que hacia esta exhibicion pública, la cual, es una fiesta anual, se llama la orden de los *amigos viejos*, y se compone de mas de 40,000 personas, casi todos artesanos y tenderos, los cuales, por medio de una ligera contribucion anual aseguran los socorros que necesitan en caso de infortunio, los gastos de su entierro y una pension para sus familias.

Tambien manejado está el ministerio de hacienda de esta corporacion, (y ojalá lo estuviera así el de España) que despues de distribuir cuantiosas sumas todos los años entre los necesitados de la orden, y de pagar todos sus gastos corrientes, que son considerables, siempre les resta un sobrante que colocan en los fondos públicos, donde ya tienen un capital cuyos renditos no bajan de 8,000 duros.



## TEATROS.

DE LA CRUZ Y DEL PRINCIPE.

Hoy no hay funciones.

DEL CIRCO.

A las ocho y media de la noche: 1.º LAS CAPAS, comedia en dos actos. 2.º LA AURORA, gran baile en un acto.

IMPRESA DE DON IGNACIO BOIX, calle de Carretas núm 8.